

EVANGELIZADORES AL SERVICIO DEL ESPÍRITU

Juan Carlos Carvajal Blanco



Didajé

La *Didajé* o *Enseñanza de los Doce Apóstoles* es un breve documento catequético de los primeros cristianos, destinado probablemente a dar la primera instrucción a los neófitos o a los catecúmenos. En él, se enumeran de forma clara y asequible todas las normas morales, litúrgicas y disciplinarias que han de guiar la conducta, la oración y la vida de los cristianos.

La **Colección Didajé** quiere ser un instrumento de ayuda a la iniciación cristiana y a la formación permanente de los cristianos actuales.

En agradecimiento a los Papas que han encarnado el ministerio petrino desde el Concilio hasta nuestros días: cada uno de ellos, con sus acentos propios, ha sido estímulo y referencia del impulso evangelizador del que es tributario este libro.

A los profesores y alumnos de la Facultad de Teología de San Dámaso: el trabajo en común es la fuente de los estudios y reflexiones que este libro reúne.

PRESENTACIÓN

"Cuando Jesús acabó de hablar, dijo a Simón: «Rema mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca». Respondió Simón, diciendo: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos recogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes»" (cf. Lc 5,4-5).

Jesús ha dirigido la palabra a una multitud que se agolpaba en torno suyo. Para no ser apretujado, pide a Simón subir a su barca para alejarse un poco de tierra y enseñar a la gente la palabra de Dios. De modo sorprendente, cuando termina de hablar, le dice a Simón que reme mar adentro y que eche de nuevo las redes para pescar.

¿Qué pasa por la mente de Simón? Lo podemos imaginar. Es verdad que reconoce a Jesús como Maestro: ha escuchado su predicación en la sinagoga de Cafarnaúm, y también le ha visto curar a un hombre poseído por un espíritu inmundo (cf. Lc 4,31-37); incluso lo ha acogido en su casa para que hiciera de ella el centro de su actividad (cf. Lc 4,38-41). Ahora, el Maestro le manda que, nuevamente, eche las redes: que reme mar adentro y las vuelva a echar para pescar. Este mandato lo desconcierta, va en contra de su propia experiencia: él es un profesional de la pesca, y Jesús no; y, lo que es peor, el cansancio y la decepción por una noche de brega sin pescar nada paralizan su ánimo. ¿Por qué hacerle caso?

Simón Pedro se encuentra en una verdadera encrucijada: si no responde a la palabra de Jesús, una profunda herida se abrirá en la relación con el Maestro, y la decepción se enquistará en lo profundo de su corazón; si obedece, solo lo puede hacer confiado en la palabra de Jesús: "Maestro, por tu palabra, echaré las redes". Y Pedro y sus compañeros se ponen manos a la obra, reman más adentro, echan las redes y hacen una redada tan grande de peces que las redes comienzan a reventar. Se llenan de estupor: han descubierto el poder de Dios en Jesús, y Pedro reconoce el señorío del Maestro de Nazaret y su pecado. Y Jesús dice a Simón: "No temas; desde ahora, serás pescador de hombres" (Lc 5,10).

El momento oportuno

Este relato del evangelista Lucas representa bien el contexto eclesial en el que nace el presente libro, así como el espíritu misionero que desea alentar sus reflexiones. Muchas de nuestras comunidades cristianas están embargadas por un sentimiento de cansancio y decepción. Ciertamente, sus miembros creemos fervientemente que el Señor está en la barca de la Iglesia, y que está en ella no para alejarse de la gente, sino para que su palabra divina les llegue más clara y directa. También hemos experimentado su poder en nuestras vidas; estamos confiados en la seguridad que nos da su compañía y la acción de su gracia en la Iglesia; lo reconocemos como nuestro Maestro y nos definimos como sus discípulos.

Sin embargo, una palabra arcana resuena en lo más profundo de nuestra conciencia, un mandato divino nos alcanza hoy de un modo imperativo y sorprendente. El Señor nos ordena remar mar adentro, es decir, salir de nosotros mismos y de nuestra autorreferencialidad eclesial (cf. *EG* 49), para ir en medio del mundo, allí donde están “los peces”. Sí, este mandato misionero, el que constituye la Iglesia y nos otorga identidad a sus miembros, nos sorprende hoy más que nunca (cf. *EG* 19, 181). A semejanza de Pedro y sus compañeros, pesan sobre nuestros hombros muchos decenios de trabajo improductivo: “Llevamos trabajando muchos años por el Evangelio, y no hemos recogido nada”, nuestros templos se vacían, nuestras comunidades envejecen; no encontramos nuestro lugar en la sociedad, el vigor del anuncio evangélico se debilita y parece que ya no da vida. Esta situación provoca en nosotros una “tristeza dulzona” que nos genera “oscuridad y cansancio interior”, y apolilla “el dinamismo apostólico” (cf. *EG* 81-83, 275).

Estamos en una verdadera encrucijada. La fe nos indica que la crisis evangelizadora que actualmente viven las comunidades cristianas, al menos en Europa occidental, es un tiempo propicio (“*kairós*”) que Dios ha dispuesto para llevar a su Iglesia a renovar y renovarse por un nuevo impulso misionero (cf. *EG* 51, 84, 86). Pero ¿dónde encontrar el apoyo para desembarazarnos de los cansancios y decepciones que nos paralizan? Hoy, se reclama de la Iglesia un acto de confianza en la palabra de

su Señor: “Rema mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca”. El mandato misionero que en los últimos decenios ha reiterado Jesús por medio de los sucesores de Pedro y las indicaciones que en él van implícitas son el sostén de ese acto de confianza que hoy el Señor pide a las comunidades cristianas.

“Por tu palabra, echaremos las redes”

“La evangelización obedece al mandato misionero de Jesús: «Id y haced que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo lo que os he mandado» (Mt 28,19-20). En estos versículos, se presenta el momento en el cual el Resucitado envía a los suyos a predicar el Evangelio en todo tiempo y por todas partes, de manera que la fe en él se difunda en cada rincón de la tierra” (EG 19).

Los discípulos no tenemos opción: somos discípulos para la misión, siempre somos discípulos misioneros (cf. EG 120). Renunciar a la misión que Jesús nos ha dado supone renunciar al discipulado (cf. Mc 3,13-15); no buscarlo y servirlo en la misión que su Espíritu lleva adelante es perder la comunión de vida y salvación con él: “La intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante, y la comunión, esencialmente, se configura como comunión misionera” (EG 23).

En tiempos de duda y vacilación, como los que hoy estamos viviendo, las palabras de Pedro a Jesús se revelan como la única respuesta que puede desactivar los miedos y soltar las ataduras que paralizan la vida de nuestras comunidades: “Por tus palabras, Señor, echaremos [echaré] las redes”. Con Jesús, que siempre nos acompaña en la misión (cf. Mt 28,20), obedientes a su mandato misionero y confiados en el poder de su palabra, podemos romper con la inercia del “siempre se ha hecho así” (EG 33) y, con audacia y creatividad, acometer, esperanzados, la “nueva etapa evangelizadora” a la que nos invita el papa Francisco (EG 1,17). Fundado en la palabra de Jesús, y en el seno de la Iglesia, cada bautizado puede estar dispuesto a decir: “Yo **soy una misión** en esta tierra, y, para eso, estoy en el mundo, [...] es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme” (EG 273).

“Rema mar adentro”

Jesús no solo da un mandato a Simón Pedro, también le da una indicación: “¡*Duc in altum!*” (‘rema mar adentro’). Esta expresión posee una profunda riqueza. El término latino “*altus*” puede significar a un tiempo ‘alto, elevado y profundo, que está en el fondo’: lo alto en lo profundo, lo que está en el fondo hacia lo elevado. Por la encarnación del Hijo de Dios, nos ha visitado “el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombras de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz” (cf. Lc 1,78-79). Él “se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo. [...] Por eso, Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el nombre-sobre-todo-nombre” (cf. Flp 2,6-11).

Jesús resucitado, que acompaña a sus discípulos en el cumplimiento de su mandato, es él mismo el camino de la misión eclesial. Es “la primacía de la gracia” (cf. *NMI* 38; *EG* 112), que supone una relación de intimidad con Jesús y la incorporación a la misión que él, como apóstol del Padre (cf. Heb 3,1), realiza en el mundo:

“Es importante saber que la primera palabra, la iniciativa verdadera, la actividad verdadera, viene de Dios, y solo si entramos en esta iniciativa divina, solo si imploramos esta iniciativa divina, podremos también ser (con él y en él) evangelizadores” (*EG* 112).

Imposible cumplir la misión que Jesús nos encomienda si no consentimos la iniciativa divina, si no nos concebimos como servidores suyos secundando la acción salvadora que realiza en favor de los hombres. De algún modo, “lo alto” debe tomar posesión de nuestra pobre humanidad. “Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero” (*EG* 8). La acción evangelizadora no tiene su fuente en nosotros, ni en nuestra propia generosidad ni en un optimismo ciego: su manantial brota de encuentro con Cristo y de la experiencia permanente renovada de la misericordia divina. Por eso, en palabras de Juan Pablo II: “Este es el momento de la fe, de la oración, del diálogo con Dios, para abrir el corazón a la acción de la gracia y permitir a la palabra de Cristo que pase por nosotros con toda su fuerza: ¡*Duc in altum!*” (*NMI* 38).

El Espíritu alma de la evangelización

Por tanto, no importa salir de nuestras seguridades, “remar mar adentro” e ir a la espesura del mundo si el Resucitado nos acompaña; más aún, si está actuando por su Espíritu allí donde nos envía. Su victoria pascual no es algo del pasado, ni tan siquiera solo es activa en aquellos que la acogemos en la fe; “es una fuerza de vida que ha penetrado el mundo”, “es una fuerza imparable”, que hace que, “en medio de la oscuridad, siempre comienza a brotar algo nuevo, que tarde o temprano produce un fruto; [...] “cada evangelizador es un instrumento de este dinamismo” (cf. *EG* 276).

En efecto, la incorporación a la misión de Jesús es la incorporación a ese flujo de vida que, brotando de su cruz gloriosa, inunda toda la tierra, hasta llegar a la última periferia. Esta “es la vida en el Espíritu que brota del corazón de Cristo resucitado” (*EG* 2). Dios nos ha llamado a colaborar con él; por eso, ha querido “impulsarnos con la fuerza de su Espíritu” (*EG* 12). El papa Francisco invita a reconocer la primacía y el protagonismo del Espíritu en la misión eclesial, y sitúa, en este reconocimiento, la condición para que la Iglesia salga de su autorreferencialidad y responda al mandato misionero que su Señor le reitera en esta nueva etapa evangelizadora en la que se halla embarcada:

“¡Cómo quisiera encontrar las palabras para alentar una etapa evangelizadora más fervorosa, alegre, generosa, audaz, llena de amor hasta el fin y de vida contagiosa! Pero sé que ninguna motivación será suficiente si no arde en los corazones el fuego del Espíritu. En definitiva, una evangelización con espíritu es una evangelización con Espíritu Santo, ya que él es el alma de la Iglesia evangelizadora” (*EG* 261).

Plan de la obra

Las reflexiones que articulan el presente libro parten de una aceptación sincera de la primacía y el protagonismo del Espíritu Santo en la acción misionera de la Iglesia. Su autor está convencido de que la crisis que sufren muchas de nuestras comunidades cristianas constituye un *kairós* (‘tiempo oportuno’) que Dios ha dispuesto para que su actividad evangelizadora se haga más pneumática. Dicho de otro modo, el atolladero en el que la Iglesia se encuentra metida solo tendrá salida si acepta la iniciativa divina y secunda la acción misteriosa, pero real, por la que el

Espíritu difunde en el mundo el acontecimiento salvador que Cristo ha realizado en su pascua.

Los capítulos que componen la presente obra se escribieron en diversas ocasiones: eran artículos que no seguían un plan preconcebido. Sin embargo, leídos en su conjunto, respondían a esa convicción que anima a su autor. Ahora, integrados en una publicación, no solo manifiestan una cierta unidad, sino que ofrecen una progresión en el estudio y reflexión sobre la relación esencial que existe entre la persona del evangelizador y el Espíritu de Cristo. Para lograr su integración, en algunos capítulos ha sido necesario modificar la primera orientación de los textos de procedencia, mientras que, en otros, solo ha sido preciso realizar algunos ligeros retoques. No obstante, todas las partes del libro conservan la argumentación fundamental de los artículos que les han dado origen.

El primer capítulo ofrece una lectura de la exhortación *EG* desde una perspectiva particular. El encuentro con Jesús supone tal novedad que es capaz de renovar todo: los proyectos y acciones evangelizadoras, las estructuras eclesiales, etc., pero, ante todo, renueva la persona del evangelizador, del discípulo misionero de Jesús. El capítulo manifiesta dónde se encuentra el origen de la crisis misionera que hoy embarga la Iglesia, para mostrar después cómo el encuentro con Cristo (también en el ejercicio de la misión) es el crisol donde se forjan los evangelizadores con espíritu, aquellos que son capaces de secundar la acción previniente del Espíritu en medio del mundo y de mantener la comunión con su Maestro y Señor en el ejercicio de la misión.

El segundo capítulo centra su atención en esa acción previniente del Espíritu. En efecto, Dios, antes que ser “objeto y contenido” de la misión eclesial, es “sujeto que primerea” cualquier actividad de la Iglesia. El Dios que se ha revelado en Jesucristo sigue hoy, por medio de su Espíritu, saliendo al paso de todo hombre y mujer que viene al mundo. La Iglesia constituye el instrumento que Dios mismo se ha dado para cumplir su plan salvador. La acción evangelizadora solo introducirá en el misterio del Dios vivo en la medida en que acepte la precedencia divina y todo su dispositivo pastoral; especialmente, el de la iniciación cristiana, sea puesto al servicio del itinerario espiritual que sus interlocutores recorren bajo la acción graciosa del Espíritu.

Con los presupuestos anteriores, el tercer capítulo se fija en la figura del evangelizador, pero desde una perspectiva particular: como mistagogo de la fe. Hoy, la evangelización de la Iglesia está llamada a desarrollar su dimensión mistagógica; es decir, a potenciar su capacidad de introducir en el misterio divino a aquellos con los que los cristianos comparten la vida. No obstante, no habrá evangelización mistagógica si no hay evangelizadores mistagogos. La tesis del presente trabajo es que tanto en la selección como en la formación de los agentes pastorales se debe priorizar la experiencia de fe de los mismos. Esta experiencia no es ajena al *sensus fidei* con el que está investido todo bautizado. El desarrollo de este sentido de la fe en los discípulos misioneros de Jesús les servirá de ayuda para reconocer el misterio divino que late en la experiencia de los que acompañan, les permitirá enjuiciar la pertinencia de los elementos metodológicos que componen la acción evangelizadora y los orientará para emplearlos como un servicio al proceso espiritual que siguen aquellos.

La iniciación en la misión es una de las tareas ineludibles de la iniciación cristiana. La vocación apostólica del bautizado va unida, indeleblemente, a su vocación cristiana. El cuarto capítulo ofrece las claves por las que iniciar a un discípulo de Cristo en la misión de la Iglesia. Como sacramento e instrumento de salvación, la Iglesia tiene la misión de dar visibilidad e impulsar el proyecto salvador que Dios tiene con toda la humanidad. Cada bautizado, en el seno de su comunidad eclesial, porta una responsabilidad sobre dicha misión. Para llevarla a cabo con solvencia, es necesario que sea iniciado en la acción evangelizadora desde un doble punto de vista: en relación con su vinculación eclesial y en referencia a su carácter secular. Toda la vida del cristiano está orientada hacia la representación de Cristo y al servicio de la acción del Espíritu en la misión.

La identidad del discípulo tiene su anclaje en la confesión de la fe y en la recepción de los sacramentos de iniciación cristiana; y se convierte en testimonio en medio del mundo se dilucida y se propone por el anuncio. La verdadera identidad del cristiano responde al imperativo misionero que Jesús le ha dado en el mismo instante en que lo llamó a ser su discípulo. La lógica misionera que va implícita en la identidad del cristiano es expuesta en el último capítulo del libro; en él, resuenan muchos elementos que han sido desgranados con anterioridad. La confesión de fe bau-

tismal tiene el poder de configurar la existencia del discípulo misionero de Cristo, y su testimonio de vida abre las puertas y confiere la autoridad para, de un modo significativo, proponer el kerigma a los que comparte la vida.

El presente trabajo va dirigido, especialmente, a los que poseen alguna responsabilidad en las parroquias, comunidades cristianas, asociaciones o grupos apostólicos y desean alentar el dinamismo misionero de sus miembros. En este marco evangelizador, también puede ser útil para la formación y el estímulo de aquellos grupos de catequistas que asumen como primera tarea alumbrar y acompañar la fe de los que se acercan a la Iglesia pidiendo un servicio sacramental. Por último, se ofrece a aquellos cristianos que, conscientes de su vocación apostólica que les ha conferido el bautismo, no se intimidan ante las dificultades que encuentran en su vivir diario; antes bien, permaneciendo fieles al mandato misionero, buscan darle respuesta sirviendo la acción del Espíritu por el testimonio y el anuncio de la victoria pascual de Cristo. Este libro desea ser un servicio de un hermano que comparte la misma misión que ellos.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
El momento oportuno	8
“Por tu palabra, echaremos las redes”	9
“Rema mar adentro”	10
El Espíritu alma de la evangelización	11
Plan de la obra	11
 1 EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU: DISCÍPULOS EN LA MISIÓN DE JESÚS	15
1 Presupuestos: el sentido programático de <i>EG</i>	16
1 La misión evangelizadora es tarea de la Iglesia en peregrinación ..	16
2 Todos los bautizados somos discípulos misioneros	18
3 Dios va por delante, nos “primerea”	19
2 El origen de la crisis misionera	20
1 Hijos de una época donde “la alegría de vivir frecuentemente se apaga” (<i>EG</i> 52)	21
2 La vivencia mundana de la fe y la parálisis misionera	23
3 El encuentro con Cristo: crisol donde se forjan los evangelizadores con Espíritu	27
1 Renovar el encuentro con Jesucristo	28
2 ¿Cómo encontrarnos con Jesucristo?	30
3 La alegría, signo del encuentro	32
4 En comunión misionera con Cristo	33
1 Las actitudes de la misión	34
2 La misión entre la gente	38
3 Misión que secunda la acción previniente del Espíritu	40
4 El objetivo de la misión: el encuentro con Dios	42
5 La misión nos evangeliza: la sorpresa de encontrar a Dios	44
5 Confiados en el Espíritu	45

2 UNA EVANGELIZACIÓN AL SERVICIO DEL DIOS VIVO	47
1 La iniciación cristiana: don de Dios	49
1 La finalidad de la iniciación cristiana: la participación en el misterio de Cristo	51
2 El Espíritu actualiza el misterio de Cristo a lo largo del tiempo ..	53
2 La acción del Espíritu discernida y servida en el itinerario espiritual del creyente	55
1 La acción del Espíritu se manifiesta en la respuesta libre del creyente	55
2 El proceso de fe y conversión como itinerario espiritual	59
a. La importancia de la conversión primera y de la fe inicial	59
b. Itinerario creyente, itinerario espiritual	61
3 La iniciación cristiana: iniciación en el misterio de Dios revelado en Cristo	63
1 La Iglesia: sacramento de Cristo	64
2 La Iglesia: instrumento del Espíritu	66
3 La iglesia: al servicio del itinerario de la iniciación cristiana	67
a. La iniciación cristiana como proceso litúrgico-catequético-espiritual	68
b. El itinerario espiritual: alma de la iniciación cristiana	69
4 La necesidad de dar un giro copernicano a nuestros procesos de iniciación	71
5 Evangelizadores con Espíritu	73
3 EL EVANGELIZADOR, MISTAGOGO DE LA FE	75
1 Los escasos resultados del actual dispositivo evangelizador	77
1 Una evangelización centrada en lo doctrinal	78
2 Una evangelización centrada en la experiencia	78
3 Una evangelización con perspectiva mistérica	79
2 El reto de una evangelización mistagógica	80
1 ¿Qué es lo que caracteriza una evangelización con sello mistagógico?	82
2 Problemática que surge ante una evangelización mistagógica ..	84

3 El evangelizador, un testigo de la fe que acompaña hacia el misterio cristiano	87
1 El evangelizador-mistagogo: un creyente que, por el <i>sensus fidei</i> , tiene experiencia del misterio cristiano	88
2 El evangelizador-mistagogo realiza su apostolado en el ejercicio del <i>sensus fidei</i>	92
4 Claves formativas que potencien la capacidad mistagógica de los evangelizadores	95
1 Una formación que responda a la vocación de santidad	96
2 Una formación que incida en la experiencia espiritual	97
3 Una formación que inste a participar en la vida de la Iglesia	99
4 Una formación que integre el acompañamiento espiritual	101
5 Una formación que ayude a expresar la fe	102
5 Acompañar en la peregrinación con Cristo al Padre	104
4 INICIAR EN LA MISIÓN EVANGELIZADORA DE LA IGLESIA	107
1 Entre la indiferencia y el temor	107
2 La misión de la Iglesia	110
1 El designio amoroso de Dios	110
2 Dios realiza su designio amoroso por su Hijo Jesús y por el don del Espíritu	112
3 La naturaleza misionera de la Iglesia	115
3 Todos los bautizados participan de la misión eclesial	117
1 La iniciación cristiana: fundamento de la participación en la misión eclesial	119
2 Elementos esenciales de la vocación bautismal	120
4 Claves para inicial en la misión	123
1 Claves iniciáticas desde la pertenencia eclesial	124
2 Claves iniciáticas desde la pertenencia social	127
3 La iniciación a la misión a partir de las tareas de la catequesis ..	129
a. Iniciación en la confesión de la fe de la Iglesia	130
b. Iniciación en la vida litúrgica y sacramental	131

c. Iniciación en la vida en Cristo	133
d. Iniciación en la vida de oración	134
e. Iniciación en la vida de la comunidad cristiana	136
5 Discípulos misioneros	137
 5 LA FE SE HACE ANUNCIO: CONFESAR, TESTIMONIAR,	
PROPONER	139
1 La fe que se nos da en el bautismo	139
2 La lógica de la confesión de fe: el nuevo nacimiento	141
1 Renuncia al pecado	141
2 Confesión de fe bautismal	144
3 La confesión de fe como testimonio cristiano	147
1 La confesión de fe se hace existencia cotidiana	147
2 La confesión de fe tiene un carácter misionero	149
3 La lógica del testimonio	151
4 La confesión de fe como anuncio y propuesta	154
1 Testimonio y anuncio	154
2 El testimonio dispone a la acogida del anuncio	156
3 La declaración del sentido del propio testimonio (narración) ...	157
4 La interpretación cristiana propuesta en la experiencia vital del interlocutor (kerigma)	159
5 La llamada a acoger el anuncio (invitación a la fe)	161
5 El evangelio ha de ser anunciado y testimoniado	163
 PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS	165
SIGLAS	167
BIBLIOGRAFÍA	169